



La noche del
océano y otros
cuentos

Robert H. Barlow

© 2018 Robert H. Barlow

Título original: Eyes of the God - The Weird Fiction and
Poetry of R. H. Barlow

Todos los derechos conforme a la ley

Características tipográficas y diseño editorial

© Distinta Tinta Ediciones

Diseño de portada e ilustración

Diseño de interiores

Beatriz Rubio Fernández

Primera edición

ISBN: 978-84-948933-2-2

Depósito legal: M-34970-2018

contacto@distintatintaediciones.com

www.DistintaTintaEdiciones.com

Editado e impreso en España

*Distinta*Tinta

**La noche del
océano y otros
cuentos**

Robert H. Barlow

Traducción Montero



Introducción

(1918, Leavenworth – 1951, Ciudad de México) Robert Hayward Barlow fue un autor estadounidense, poeta de vanguardia, antropólogo e historiador del México prehispánico.

Su infancia fue muy triste, era un niño enclenque y tuvo pocos amigos que compartieran sus gustos como coleccionar cuentos extraños, tocar el piano, esculpir, pintar y encuadernar libros con pie de serpiente; además, fue una desilusión para su padre militar que le tuvo trasladándose de un lado a otro según las necesidades del ejército junto al resto de su familia.

En junio de 1931 escribió a la revista en la que leía los relatos del escritor H. P. Lovecraft, de quien era un auténtico seguidor. Una semana más tarde, Lovecraft le respondió, como a tantos otros que contactaron con él. Esta carta fue el principio de una curiosa amistad que cambió la vida de Barlow y también la de Lovecraft.

Carta tras carta, su amistad fue creciendo: Barlow se ofreció a transcribir los manuscritos de Lovecraft, escribió historias que el maestro revisó y con el tiempo, en la primavera de 1934 Barlow le invitó a visitarle en Florida y Lovecraft aceptó. Barlow no había mencionado su edad ni le había mandado una foto, así que fue una sorpresa para Lovecraft cuando bajó del autobús en DeLand descubrir que Barlow tenía dieciséis años. Lovecraft tenía cuarenta y tres.

A pesar de ello, la visita duró siete semanas. Durante esos días, recogieron fruta, compusieron poemas de rimas complejas, remaron en el lago que había detrás de su casa, fue todo un descubrimiento para Lovecraft que consideró a Barlow como el niño más versátil que había conocido. Esta visita se repitió en 1935 y duró dos meses durante los cuales trabajaron juntos y al año siguiente fue Barlow el que visitó a Lovecraft en Providence y Salem junto a otro de los protegidos de Lovecraft. No era la primera vez que el autor visitaba a otros jóvenes o le visitaban, haciendo que algunos investigadores hayan

considerado que estas relaciones fueron algo más que amistad, sin embargo, Lovecraft condenaba la homosexualidad y llegó a desalentar a Barlow de escribir relatos homoeróticos. Barlow, desde muy joven, sabía que era homosexual, si no lo era abiertamente, pero evitó esta temática directamente en sus obras.

H. P. Lovecraft murió muy pocos años después de conocerse, en 1937, y nombró a Barlow albacea de sus manuscritos, a su seguidor más devoto. En principio esto fue un honor pero para Barlow fue un desastre. Dos de los discípulos, August Derleth y Donald Wandrei, no estaban nada contentos cuando Barlow realizó una edición barata de menos de ochenta copias de las obras de Lovecraft y demandaron los papeles, querían publicar la obra de su maestro en un libro, extendieron rumores en los que acusaban a Barlow de robar los manuscritos de Lovecraft, quien finalmente entregó los documentos y se alejó de ese universo literario que había sido su vida.

Barlow decidió inscribirse en la universidad en California y terminó en Berkeley donde estudió con Alfred L. Kroeber. En 1943 se marchó a México y comenzó un periodo de intensa actividad viajando por Yucatán para estudiar a los mayas y a Guerrero para conocer a los teoztecos, visitó Londres y París para consultar códices mexicanos y consiguió una plaza de profesor de antropología en la Universidad de la Ciudad de México. Además fundó dos revistas universitarias, una en náhuatl, y publicó alrededor de cien artículos y también libros sobre los mexicas. Parecía que había abandonado la fantasía por la realidad, aunque leyendo sus artículos y sus cuentos, parece que más bien habían llegado a una extraña unión.

Toda esta hiperactividad no conseguía alejarle de lo que le había llevado hasta allí, de lo que había perdido, y trataba de mantenerse ocupado hasta encontrarse completamente exhausto y no pensar en nada. A finales de 1950, cuando la vista le estaba abandonando y un

alumno le amenazó con denunciarle por homosexual, sintió que ya había tenido suficiente: el uno de enero de 1951 se encerró en su habitación y tomó veintiséis pastillas de seconal. Solo dejó una nota diciendo: "No me molesten, quiero dormir por mucho tiempo". Estaba escrita en maya.

Así acababa la vida de este poeta, escritor y antropólogo, prácticamente en el olvido, mientras la reputación de Lovecraft como maestro del horror fue creciendo. Vivió el gran sueño de Lovecraft aunque no fue un gran soñador, sino que siempre tuvo los pies en la tierra, siempre interesado en la realidad y tomando nota de cómo eran realmente los demás, más que imaginando seres horribles.



Profile

To R. H. Barlow, Esq., whose Sculpture
has given immortality to this trivial
Design of his obli'd obit servt

Arthur H. Crosswell

11 May, 1734

EL KILLERCROFF DE LOS OCÉANOS

"Abro los ojos y, la noche abisal engulle... ¡Eterna!
Miles, millones de estrellas microscópicas rozan la piel y me sumergen en un vacío infinito.

El cuerpo pesa y se derrite y se desacelera hacia una gravedad centripeta que decolora la oscuridad inversiva de los océanos, en donde fosas de pesadilla iluminan a las errabundas abominaciones descarnadas.

Y allí: ¡la Reina, la Sangrienta!

Y aquí: ¡yo! De noche. En el océano..."

Permitánnos los lectores este pequeño desafío literario con el que ansiábamos introducir a la figura única de un genio denostado, de un escritor que contribuyó en la consolidación de las pilastras argumentativas del Horror Cósmico. El olvidado discípulo de Howard Philips Lovecraft: Robert H. Barlow.

El 18 de mayo de 1918 llega al mundo Robert H. Barlow. Robert crece en un ambiente opresivo y servil; en un ambiente de cadena de mando, al ser su padre un alto cargo del ejército de los Estados Unidos.

Siendo apenas un adolescente, su familia debe trasladarse a Florida pues, su progenitor desarrolla una grave enfermedad, con delirios paranoides.

Y el niño Barlow, tímido y enfermizo, acostumbrado a desarrollar "actividades cognitivas" que no físicas —leer durante largas jornadas, escribir poesía, pintar, tocar el piano... frente a ejercitarse en carreras y otros deportes propios de los muchachos de Florida de su edad—, trató de adaptarse a un ambiente que lo sumía en el ostracismo de ser "el raro", el extraño, el "killecroft o hijo cambiado" pues, indudablemente, la personalidad de Barlow distaba mucho de ser aquello que sus progenitores —en concreto, su padre—, esperaban.

Su pasión por los "recitales weird" o lecturas de "ficción extraña" le llevaron a escribir una carta a Lovecraft —a través de la revista «Weird Tales», en la que este colaboraba con relatos singulares acerca de monstruos

de más allá de las estrellas que despertaron la inventiva del joven escritor—. Se había producido una primera toma de contacto entre Maestro y Aprendiz, entre Lovecraft y Barlow, contacto que trasmutaría en una profunda amistad que, desde el 18 de junio de 1931, jamás se extinguiría.

Y Barlow comenzó su andadura literaria, aquella que Lovecraft —y pese a la distancia física y generacional— siempre supervisó; sus incursiones en la ficción surrealista, a la que entregaría piezas exclusivas de gran calidad, embutidas en un estilo fresco y revolucionario, se materializó en cuentos subversivos dentro del Horror Cósmico y lo extraño. Es el caso de *Hasta que todos los mares*, distopía climática que juega con una atmósfera cosmicista, repleta de vaharadas lúgubres tan afin a las doctrinas propias de su maestro. De entre sus creaciones resplandece la obra *La noche del Océano*, en la que Barlow juega con su obsesión por el mar, por las simas abisales que tantos misterios inimaginables atesoran. Y, por supuesto, no debemos olvidarnos de *Los ojos del dios* que, quizás, sea una obra maestra dentro de la ver-sada ficción surrealista gestada por Barlow.

La poesía de Barlow no es menos relevante que su ficción. Una lírica convenientemente desglosada en dos estilos bien distintos: el uno, formal, de estilismo reglado tradicional —probablemente acuñado por la influencia de los propios versos del Maestro de Providence—. El otro: moderno, experimental, anárquico y aventurero, tal cual le conminaba su propio espíritu inadaptado y provocador pues ser homosexual en el contexto socio-cultural y ético de esta primera mitad del xx era un fundamento constante de eterno sufrimiento.

Con el paso del tiempo, Barlow se convierte en el albacea literario de Lovecraft: siempre admirador, ifanático de este! Y Lovecraft... sabemos que Lovecraft guardaba en su corazón una especial predilección intelectual por el muchacho de Florida; inclinación que llegó a

molestar sobremanera a algunos de los componentes del círculo epistolar o Círculo Lovecraftiano del maestro de Providence.

La muerte de Lovecraft —la mañana del 15 de marzo de 1937— le hace ahondar aún más si cabe, en la profunda tristeza que a su corazón embargaba. Hasta que el uno de enero de 1951 decide suicidarse con una ingesta masiva de barbitúricos.

Desde la plataforma web “Círculo de Lovecraft”, y gracias a DistintaTinta Editorial, hemos querido contribuir con esta aportación a rasgar el tupido velo que ha envuelto tanto a la obra como a la figura de este genio singular; ahuyentar la bruma que sitió a esta mente creativa que, forjó —junto a Lovecraft y su círculo— los pilares de la nueva concepción del terror contemporáneo, sumido entre nieblas, arbolado por las ominosas ventiscas que traen las pesadillas en los sueños.

Y no queríamos marcharnos, queridos lectores, sin haceros un presente. El mismo que Lovecraft hizo para Barlow el 11 de mayo de 1934: un boceto único del gran dios primigenio de los mares, el Dios Cthulhu.

Ahora sí, hasta siempre: embarcaos pues, hacia los espectros abisales de los mares de Barlow, “el killecroff de los océanos”...

Amparo Montejano y José R. Montejano,
directiva de “Círculo de Lovecraft”.

ROBERT H. BARLOW Y MESOAMÉRICA.

Los estudiosos del México antiguo, el área cultural que denominamos Mesoamérica, tenemos una profunda deuda con Barlow. Su breve pero intensa carrera en la década de 1940 ha dejado una gran huella en nuestro quehacer y algunas de sus propuestas siguen estando en vigor setenta años después. Sus estudios pioneros han marcado caminos a recorrer y establecido pautas de análisis que llevan siendo útiles desde su propuesta inicial.

Antes de referirnos a las aportaciones principales, es necesario destacar la prolijidad de nuestro autor: más de 300 trabajos publicados, en tiempos donde la escritura era mucho más lenta que ahora y las labores de edición se eternizaban en la corrección de pruebas, ferros y demás prácticas que la informática ha desterrado. Además, muchos textos quedaron inéditos en carpetas y cuadernos, muchos de ellos conservados, de manera que la edición de sus *Obras Completas* realizada por la Universidad de las Américas de Puebla (México) y el Instituto Nacional de Antropología e Historia abarca siete volúmenes y fueron publicados a lo largo de doce años. En ellos, la presencia del estudio de diversos documentos es permanente, pero la formulación de conclusiones derivadas de los mismos también es recurrente. Un compendio de la metodología de la investigación: hallazgo y estudio de los documentos, formulación de hipótesis, trabajo analítico, redacción de conclusiones que suelen ser también propuestas. El trabajo nunca termina.

Quizás la obra más citada de Barlow es *The extent of the Empire of the Culhua-Mexica*, de 1950, que no fue traducido al castellano hasta 1990. Es un libro breve en su versión final, pero contiene una enorme cantidad de trabajo. Aunque lo hemos malinterpretado durante mucho tiempo, diciendo que era la visión del imperio que Barlow tenía, en realidad él lo veía como un paso previo y necesario para abordar la organización del mismo, y

así lo manifestó en la introducción. La culpa del error es nuestra, no suya. Él hizo lo que el título refleja: anotar los pueblos que pagaban tributo al Imperio Mexica según la *Matricula de Tributos* y el *Código Mendoza* y localizarlos en un mapa de México, trazando después las fronteras entre las provincias que se desprendían de las páginas de los documentos. Como complemento localizó los pueblos que aparecían en otras fuentes y trató de explicar el porqué de su no presencia en los documentos tributarios, formando, por ejemplo, un "camino al Xoconusco". Esta visión ha permanecido casi inalterada hasta 1996, fecha en que se publicó un estudio sobre el Imperio Mexica que modificaba algunas de las asunciones de Barlow y daba lugar a un nuevo mapa, o mejor dicho, una serie de mapas. Otra corrección o ampliación, según se mire, tuvo lugar el mismo año 1996 con la publicación del libro de Pedro Carrasco *El Imperio de la Triple Alianza: Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan*, donde la principal diferencia es la presencia de tres imperios y no uno, como el título indica.

Mucho antes, Barlow había identificado un grupo especial de códices a los que llamó *Techialoyan*, nombre tomado del que identificó como A, el de San Antonio Techialoyan. Ahora tenemos muchos más, pero seguimos manteniendo su nomenclatura y su definición: son historias de diferentes pueblos del centro de México, contadas por los propios habitantes en un estilo muy característico, con muchas influencias españolas, comenzando por la presencia del alfabeto latino. Hoy día los relacionamos con otros documentos y con la propia historia de los pueblos indígenas hasta el siglo XVIII, pero la identificación del grupo y sus primeros integrantes se la debemos al trabajo y a la intuición de Barlow. De hecho la última es en realidad un resultado del primero.

Otro campo en el que se distinguió nuestro autor, y pocos más por desgracia, es el de Tlatelolco, la ciudad "gemela" de Tenochtitlan. Un enigma para nosotros

pues dos ciudades compartieron espacio durante más de un siglo y solamente unos 50 años antes de la llegada de los españoles, Tenochtitlan conquistó a su vecina y la incorporó a su imperio. Hasta entonces tuvo una vida independiente, aunque muy relacionadas con su vecina, y Barlow consagró un considerable número de trabajos a estudiarla (volúmenes I y II de las obras completas).

Y no podemos obviar la importancia que para nuestra comprensión de las crónicas antiguas tiene la formulación de la hipótesis de la existencia de la “Crónica X”, un documento hoy perdido que relacionaba las obras de fray Diego Durán, Hernando Alvarado Tezozomoc, José de Acosta, el *Códice Ramírez*, y Juan de Tovar. Los parecidos entre ellas son evidentes y, por lo tanto, la relación clara. Lo autores son muy diversos y separados por bastantes años: Durán era dominico y escribió hacia 1580; Tezozomoc era indígena, miembro de la familia gobernante en Tenochtitlan y descendiente de Motecuhzoma Xocoyotzin, y fechamos su obra en 1598; Acosta, jesuita, 1590; Juan de Tovar, también jesuita y el *Códice Ramírez* es de autor desconocido, ambos del siglo xvi. Seguimos debatiendo las relaciones entre unos y otros autores y quién copió a quién, tratando de establecer una genealogía. Pero aún no hemos renegado de la hipótesis de Barlow y es posible que no lo hagamos nunca.

Localización, análisis y tratamiento de las fuentes; cronologías e identificación de unidades políticas y cuidado por la terminología —Barlow defendió que no había “Imperio Azteca” sino “Imperio Culhúa-Mexica”— son sus temas fundamentales, pero tampoco descuidó la lengua náhuatl ni la presencia de indígenas en el mundo en que él mismo vivía. Una enorme producción de gran calidad y una impagable deuda que mantenemos con su legado.

José Luis de Rojas (UCM)



Ficción

La noche del océano

Con H. P. Lovecraft

Fui a la playa de Ellston no solo por los placeres del sol y del océano, sino para dar descanso a una mente agotada. Ya que no conocía a nadie en el pequeño pueblecito, que crece con los veraneantes y solamente presenta ventanas negras durante la mayor parte del año, había pocas probabilidades de ser molestado. Esto me satisfacía, pues no deseaba ver nada más que la extensión de olas rompientes y la playa frente a mi hogar temporal.

Había terminado mi largo trabajo del verano al marcharme de la ciudad, y el gran diseño de mural que había resultado había entrado en concurso. Me había llevado casi todo el año terminar el cuadro y, cuando el último pincel estuvo limpio, dejé de mostrarme reacio a ceder a las demandas de la salud y buscar descanso y reclusión durante un tiempo. De hecho, después de una semana en la playa solo recordaba de vez en cuando el trabajo cuyo éxito había sido para mí lo único importante tan poco tiempo antes. Ya no existía la vieja preocupación de cien complejidades de color y decoración; ni el miedo ni la desconfianza sobre mi capacidad de trasladar a la realidad una imagen mental y dejar a mi exclusiva destreza el convertir la débilmente concebida idea en el cuidadoso boceto de un diseño. Y aun así, es posible que lo que más tarde me aconteció junto a la solitaria costa haya derivado únicamente de la constitución mental que se oculta tras dicha preocupación, y miedo, y desconfianza. Siempre he sido un buscador, un soñador y un pensador de búsquedas y sueños, ¿y quién puede decir que tal naturaleza no abre los latentes ojos sensibles a insopechados mundos y órdenes del ser?

Ahora que intento contar lo que vi, soy consciente de un millar de exasperantes limitaciones. Las cosas observadas por la visión interior, igual que las imágenes intermitentes que percibimos cuando fluctuamos hacia el vacío del sueño, resultan más vívidas y significativas para nosotros en esa forma que cuando tratamos de vincularlas a la realidad. Pon una pluma en un sueño, y el color se escurrirá de ella.

La tinta con que escribimos parece diluida con algo que sostiene demasiada realidad, y descubrimos que, después de todo, no podemos delinear la increíble memoria. Es como si nuestro yo interior, liberado de las ataduras del día y de la objetividad, se rebelara en emociones aprisionadas que se sofocan con presteza al traducirlas. En los sueños y las visiones se encuentran las mayores creaciones del hombre, pues sobre ellos no descansa ningún yugo de orden o matiz. Oscuras escenas y parajes más oscuros que el mundo dorado de la infancia, aparecen para reinar sobre la mente durmiente hasta que el despertar los bate en retirada. Entre ellos puede alcanzarse algo de la gloria y alegría que anhelamos; un cierto esbozo de nítidas bellezas sospechadas, mas no antes reveladas, que para nosotros son como el grial para los espíritus sacros del mundo medieval. Dar forma a estas cosas en la rueda del arte, intentar traer algún olvidado trofeo desde ese intangible reino de sombras y telarañas, requiere destreza y memoria a partes iguales, pues, aunque los sueños habitan en todos nosotros, pocas manos pueden sujetar sus alas de polilla sin rasgarlas.

Esta narración carece de dicha destreza. Si pudiera, revelaría los eventos insinuados que percibí débilmente, como el que mira hacia el interior de un terreno oscuro y descubre formas con movimientos ocultos. En el diseño de mi mural, que entonces reposaba junto a muchos otros en el edificio para el cual fueron diseñados, me había esforzado igualmente para atrapar un vestigio de este escurridizo mundo sombrío, y tal vez había tenido más éxito que el que tendré ahora. Si me fui a Ellston fue para esperar el veredicto sobre dicho diseño; y cuando mis días de desconocido esparcimiento me hubieron ofrecido perspectiva, descubrí que, en lugar de aquellas debilidades que los creadores siempre detectan más claramente, me las había arreglado para retener, en línea y color, algunos fragmentos arrancados del infinito mundo de la imaginación. Las dificultades del proceso y la presión resultante sobre todas mis capacidades habían minado mi salud y me llevaron a la playa

durante ese período de espera.

Dado que deseaba estar completamente solo, alquilé —para el deleite del incrédulo propietario— una pequeña casita a cierta distancia del pueblo del Ellston, el cual, debido a la menguante estación, estaba animado por un moribundo ajetreo de turistas que no despertaban en mí el más mínimo interés. La casa, oscurecida por el viento marino, aunque no se había pintada, no era siquiera un satélite del pueblo, sino que se balanceaba bajo él en la costa como un péndulo bajo un reloj, bastante apartada sobre una colina de arena repleta de matojos. Como un solitario animal de sangre caliente, se acuclillaba frente al mar, y sus inescrutables ventanas sucias miraban hacia una aislada extensión de tierra y cielo e inmenso mar. No emplearé demasiado la imaginación en un relato cuyos hechos, de ser aumentados y encajados en un mosaico, serían lo suficientemente extraños por sí mismos; pero pensaba que la casita era solitaria cuando la vi y que, al igual que yo, se daba cuenta de que su naturaleza carecía de significado ante el gran océano.

Alquilé el lugar para el mes de agosto, pero llegué un día antes de lo esperado y me encontré con una camioneta y dos obreros que descargaban el mobiliario proporcionado por el propietario. Entonces no sabía cuánto tiempo me quedaría, y cuando el camión que traía los enseres se hubo marchado, acomodé mi escaso equipaje y cerré la puerta con llave —sintiéndome propietario al tener una casa tras meses de vivir en un cuarto alquilado— para descender por la colina cubierta de maleza y llegar a la playa. Dado que era bastante cuadrada y solo tenía una habitación, la casa demandaba poca exploración. Dos ventanas a cada lado proporcionaban gran cantidad de luz, y de algún modo se había embutido una puerta como ocurrencia tardía en la pared que daba al océano. El lugar había sido construido unos diez años atrás, pero debido a su distancia desde la aldea de Ellston resultaba difícil de alquilar durante la activa estación estival. No había chimenea, de forma que permanecía vacía desde octubre hasta bien entrada la primavera.

Aunque realmente se encontraba a menos de un kilómetro y medio de distancia bajo de Ellston, parecía más remota, puesto que una curva de la costa solamente permitía divisar herbosas dunas en la dirección del pueblo.

El primer día, aunque ya había transcurrido la mitad de él cuando terminé de instalarme, me dediqué a disfrutar del sol y de las inquietas aguas, cuya tranquila majestuosidad hacía que el diseño de murales me pareciera algo distante y tedioso. Pero esa era la reacción natural a una preocupación duradera por una serie de hábitos y actividades. Había completado mi trabajo y comenzado las vacaciones. Ese hecho, aunque por el momento impreciso, aparecía en todo lo que me rodeaba aquella tarde de mi llegada además del cambio total de panorama. El brillante sol ejercía un curioso efecto sobre el cambiante mar de olas cuyas curvas, misteriosamente impulsadas, parecían cubrirse de diamantes. Quizás una acuarela podría haber atrapado las sólidas masas de luz intolerable que descansaban sobre la playa, allá donde el mar se mezclaba con la arena. Aunque el océano tenía su propio tinte, se hallaba completa e increíblemente dominado por el enorme brillo. No había nadie más cerca de mí, y disfruté del espectáculo sin la molestia de ningún objeto extraño en escena. Cada uno de mis sentidos se vio afectado de distinta manera, pero a veces parecía que el rugido del mar asemejaba a aquel brillante resplandor, o parecía como si las olas estuvieran refulgiendo en lugar del sol, cada una de ellas tan vigorosa e insistente que todas sus marcas se entremezclaban. Curiosamente, no vi a nadie bañándose cerca de mi casita cuadrada aquella tarde ni en las tardes sucesivas, aunque el curvado litoral incluía una playa amplia, todavía más tentadora que la de la aldea, donde las olas formaban siluetas al azar. Supuse que se debía a la distancia y al hecho de que nunca había habido más casas bajo el pueblo. No podía imaginar por qué existía esta extensión sin construir, dado que muchas viviendas se erigían a lo largo de la costa norte, enfrentándose al mar con ojos vagos.

Nadé hasta el final de la tarde y, después, habiendo ya

descansado, caminé hasta el pueblecito. La oscuridad iba ocultando el mar a medida que yo me adentraba en él y, bajo la lóbrega iluminación de las calles, hallé señales de una vida que ni siquiera era consciente de la enorme cosa amortajada de oscuridad que se encontraba tan cerca. Había mujeres maquilladas con adornos de oropel y hombres aburridos que ya habían dejado de ser jóvenes, una muchedumbre de ridículas marionetas al borde del abismo oceánico; ciegas, reticentes a ver lo que se encontraba sobre y a su alrededor, en la inmensidad de las estrellas y en las leguas de océano nocturno. Caminé a lo largo de aquel mar oscurecido al regresar a la pequeña casa vacía, enviando los haces de mi linterna al desnudo e impenetrable vacío. Con la ausencia de luna, esa luz creaba una sólida barrera a través de las paredes de la inquieta marea, y sentí una emoción indescriptible nacida del rumor de las aguas y de la percepción de mi inconcebible pequeñez a medida que arrojaba aquel diminuto haz sobre una extensión inmensa en sí misma, tan solo la negra frontera de las profundidades terrenales. Aquella zona repleta de noche, sobre la que los barcos se desplazaban solos en una oscuridad donde no podía verlos, emitía el murmullo de una turba distante, enojada.

Cuando llegué a mi elevada morada, supe que no había adelantado a nadie durante el paseo de una hora desde la aldea y, aun así, en cierto modo, tuve la impresión de haber ido todo el camino acompañado por el espíritu del solitario mar. Se hallaba, sin embargo, personificado en una forma que no me fue revelada, sino que deambulaba silenciosamente más allá de mi comprensión. Era como aquellos actores que aguardan tras un escenario oscurecido, preparados para los diálogos que pronto tendrán que pronunciar ante nuestros ojos, para moverse y hablar bajo la súbita revelación de las candilejas. Finalmente abandoné estas abstracciones y busqué la llave para entrar en la casa, cuyos muros desnudos me proporcionaron una repentina sensación de seguridad.

Mi cabaña se hallaba completamente liberada del pue-



(1918, Leavenworth – 1951, Ciudad de México)
Robert Hayward Barlow fue un autor estadounidense, poeta de vanguardia, antropólogo e historiador del México prehispánico.

Tras una infancia triste y solitaria, en junio de 1931 contactó con el escritor H. P. Lovecraft, de quien era un auténtico seguidor. Esta carta fue el principio de una curiosa amistad que cambió la vida de Barlow y también la de Lovecraft.

Lovecraft murió muy pocos años después de conocerse, en 1937, y nombró a Barlow albacea de sus

manuscritos, pero otros alumnos no lo respetaron y demandaron los papeles, alejándole del mundo literario.

Barlow comenzó un periodo de intensa actividad académica y consiguió una plaza de profesor de antropología en la Universidad de la Ciudad de México. Parecía que había abandonado la fantasía por la realidad, aunque leyendo sus artículos y sus cuentos, parece que más bien habían llegado a una extraña unión. A finales de 1950 se suicidó dejando una nota escrita en maya: “No me molesten, quiero dormir por mucho tiempo”, así acababa la vida de este poeta, escritor y antropólogo, prácticamente en el olvido, mientras la reputación del maestro del horror fue creciendo.

Vivió el gran sueño de Lovecraft siempre con los pies en la tierra, siempre interesado en la realidad y tomando nota de cómo eran realmente los demás, más que imaginando seres horribles.

Edición de los textos originales: S. T. Joshi, Douglas A. Anderson y David E. Schultz

Introducción de Amparo Montejano y José Rodríguez M de El Círculo de Lovecraft y José Luis de Rojas (UCM)

Por primera vez en español, en esta recopilación de relatos y poemas nos adentramos en su faceta de contador de cuentos: ficción surrealista de gran calidad dentro del horror cósmico y lo extraño, todo con gran viveza y anticipando los dioses prehispánicos, las selvas y los finales de las civilizaciones que estudiaría más tarde.



Distinta Tinta

